



UN PAISAJE DE VIDAS QUE SE DESMORONAN EN CALLADO SILENCIO

LA ÚLTIMA PUERTA ANTES DE LA NOCHE
ANTÓNIO LOBO ANTUNES
Traducción de Antonio Sáez. Random House. 456 pp. 24,90 €
Ebook: 11,99 €



Morir es poner un punto, detener la respiración. António Lobo Antunes (Lisboa, 1942) alarga la frase como si quisiera posponer ese final. En *La última puerta antes de la noche* a veces pasan más de una veintena de páginas antes de que aparezca el primero. Y lo hace como una formalidad: para cerrar el capítulo. Hay novelas que no cuentan una historia, sino que registran el proceso por el cual la vida se deshace en fragmentos, y aquí Lobo Antunes traza un paisaje de vidas que se desmoronan en callado silencio.

Desde *Memoria de elefante* (1979) el tema de la muerte atraviesa toda la obra del

escritor portugués, de forma casi obsesiva, como una cuestión existencial íntima, vinculada, en cierta manera, a la guerra colonial de Angola en la que participó.

Este título se construye a partir de un hecho real. Ya en una entrevista de 1992, contó que siempre se inspiraba en lo factual, un «escenario sólido» que luego vestía por dentro y por fuera a su antojo. Es el caso del secuestro, en 2016, de un empresario de la construcción delante de su hija, así como su asesinato y la posterior disolución del cuerpo en ácido sulfúrico, después de obtener la transferencia de sus bienes. «Sin cuerpo no hay crimen», se repite como un mantra desesperado.

El autor aleja el tejido narrativo del registro meramente documental, que sustituye por una trama de relatos con una clara dimensión lírica. Más que en el homicidio del «hombre», como simplemente se refiere a la víctima, la novela desplaza el centro de gravedad a los monólogos interiores de los cuatro ejecutores y de un cómplice —que se turnan,

matizándose o solapándose, manteniendo casi en todo momento el orden de entrada en escena—, la deriva de los recuerdos, la lenta descomposición de sus conciencias...

No hay nada reseñable en ellos, tampoco despierta una maldad particular: lejos de cualquier épica, la violencia que hace acto de presencia es banal y torpe. Son hombres del subsuelo atrapados en una existencia adormecida, en la que no se distingue ya el crimen de un gesto cotidiano. Cada frase parece nacer de ese extraño territorio entre la fatiga y la ensoñación que es propia de Lobo Antunes.

A través de sus voces, pues, emergen recuerdos fragmentarios, miedos larvados, traumas familiares o la certeza de un mundo en ruinas. Todo se mezcla en una marea de tristeza larvada que nace en la infancia. La noche que sugiere el título no es sólo un periodo del día. Se refiere al estado interior asolado por las sombras. Asistimos a la descomposición de un cuerpo («¿No oyes al muerto burbujeando en el bidón?»), pero de igual manera a la de los propios asesinos, atrapados en un destino del que nunca pudieron escapar.

El conjunto se asemeja a una sala en la que cuelgan cinco retratos de Francis Bacon. Absorbido por el flujo fragmentario de voces, el lector puede llegar a sentir cierta desconexión emocional ante la suerte de estos personajes, que apenas consiguen sostener su propia existencia a medida que crece el miedo a que algo salga mal. «Si necesitas una pesadilla puedo prestarte una de las mías», dice uno.

El tiempo se ralentiza, las versiones se superponen y ramifican hasta el extremo. Los relojes no marcan horas, los días se confunden, los espacios se esfuman. Todo apunta a la muerte, no sólo la de la víctima de este *thriller* crepuscular, sino también la de los protagonistas, que a menudo no son más que ecos del autor. Todos ellos nos llevan a viajes íntimos y alucinantes, a veces burlescos, siempre angustiosos. Lo que importa no es el avance de la trama, sino las modulaciones emocionales que cada recuerdo, cada imagen, nos despierta. ■

Por **Marta Rebón**

La noche que sugiere el título no es sólo un periodo del día, alude al estado interior asolado por tétricas sombras

UN DIETARIO DE LA ATENCIÓN Y LA FUGACIDAD

LA ALEGRÍA DEL MOMENTO
JACQUES BROSSÉ
Trad. de Rafael-José Díaz. Periférica. 176 pp.
18 € Ebook: 11,99 €



Un repaso por los títulos de Jacques Brosse (1922-2008) permite hacerse una idea de qué le interesaba. Brosse era escritor, pero también monje budista e historiador de las religiones, y su atención a la naturaleza y el respeto con que la observa lo convierten en una especie de ecologista preecologismo. *La alegría del momento*, que vio la luz el mismo año de su muerte, es un diario que recoge una anotación por día de 15 de marzo a 15 de marzo. Nada pasa inadvertido al ojo entrenado y respetuoso del autor, de quien se podría decir que nada le es ajeno.

Entre sus anotaciones, con una tendencia al aforismo, cabe todo, hasta la contemplación in vivo de *La última cena*, que Brosse había visto por última vez en 1946, antes de ser restaurada. Del cuadro, pasa a Leonardo, a releer sus *Cuadernos*: «Leonardo se negaba a comer carne y le indignaba que la gente matara animales. Semejante sensibilidad asombraba a sus contemporáneos, les parecía femenina».

Dice Brosse: «Nunca he podido escribir el único libro que habría querido escribir. Por eso he escrito tantos». También: «Cuando por fin se comprende que la vida no es sino un aprendizaje, deja de ser decepcionante. Eso sí, ¿un aprendizaje de qué? Quizá algún día lo sepa; pero aun así, no lo diré». «La alegría del momento, la felicidad de vivir un día tras otro, es también una ascesis. Cada vez que dormimos es una nueva muerte», anota. *Le Bonheur-du-jour*, título original, cuyo tema principal no es otro que la atención, no es más ni menos que un hermoso recordatorio de nuestro fugaz paso por la vida. ■

Por **Aloma Rodríguez**

SCARLETT DREY

RED AMAR EN TIEMPOS DE REDES



Círculo Rojo
EDITORIAL



¿Qué pasa cuando el amor
se busca con un clic...
pero se siente con el alma?

YA A LA VENTA
editorialcirculorojo.com



TÚ TAMBIÉN PUEDES CONSEGUIRLO CON CÍRCULO ROJO www.editorialcirculorojo.com

